

BRADLEY Y LA FILOSOFIA ANALITICA: TEORIA DEL CONOCIMIENTO Y METODOLOGIA* **

FRANCISCO RODRÍGUEZ CONSUEGRA

1. Teoría del conocimiento

(18) *Existen dos tipos de conocimiento: el directo (inmediato) y el indirecto (por descripción)*. La distinción, habitual en Russell desde 1905 y presente en Moore desde 1903a, parte de la distinción bradleyana entre dos tipos de juicios: los analíticos y los sintéticos. Aunque, en última instancia, podemos rastrearla hasta Kant, el empirismo británico clásico de Locke y Hume, e incluso Descartes. Para Bradley la distinción entre juicios analíticos y sintéticos es del todo ajena a la que, con la misma terminología, estableció Kant, aunque también se sirva de esta última en ocasiones. Un juicio analítico tiene como esencia el poder ser sostenido "solamente del ahora, sin trascender la presentación inmediata" (1883a, 56). Son pues los típicos juicios de la percepción (en sentido amplio) momentánea que se refieren siempre al contenido mental inmediatamente presente. Esta es la fuente del conocimiento *directo* (Bradley no lo expresa así) y, en última instancia, de todo conocimiento. En cambio, en los juicios sintéticos realizamos una "aserción acerca de lo que aparece en el espacio y en el tiempo que no percibimos, y predicamos algo no obtenido mediante el análisis del contenido de una presentación" (*ibid.*, 61-62). En ellos hay siempre, pues, una *inferencia* al conectarse un contenido ideal que no se corresponde con lo dado, ahora y aquí, con las cualidades sensibles presentes ante nosotros: "En otras palabras, tenemos siempre una *construcción* que depende de ideas y que sólo *indirectamente* está basada en la percepción" (*ibid.*, bastardilla mía). Puesto que en ellos se hallan presentes el pasado y el futuro, mientras que en los analíticos podemos sólo abarcar el presente más estricto, lo único conocido de manera directa.

Puede objetarse (como hace Juan J. Acero) que no se trata de un paralelismo estricto, dado que en Russell podríamos admitir un juicio basado en el conocimiento directo *del pasado*, mientras que ese mismo juicio no

* Este trabajo constituye la segunda parte del estudio de la influencia de Bradley en los orígenes de la filosofía analítica aparecido en el vol. XI N° 2 de *Análisis Filosófico*.

** Quiero mencionar aquí a Juan J. Acero por sus valiosas observaciones sobre una versión anterior (el capítulo 1 de mi 1987a), aunque, desgraciadamente, no he podido dedicarles todo el espacio que se merecían. Igualmente agradezco a Kenneth Blackwell, director de los Archivos Russell (Hamilton, Canadá), por haber constituido una fuente inagotable de informaciones de todo tipo.

sería, en Bradley, analítico (al trascender el presente estricto). A esto puede responderse: (i) la distinción entre los dos tipos de juicio se complementa con la existencia entre la presentación inmediata y todo lo basado en ella, que es otra forma de referirse a lo mismo; (ii) la memoria debe incluirse también, por lo que respecta a los contenidos mentales presentes, en la presentación inmediata, al igual que todos los demás sucesos psíquicos; y (iii) la distinción presente forma parte de toda una serie de tesis (como las que vienen a continuación o la mayor parte de la sección anterior) que configuran un todo coherente donde, si prescindimos un poco de las diferentes terminologías, aparece indudablemente el contexto que dio lugar a toda la epistemología constructiva russelliana.

(19) *La fuente de todo conocimiento es la presentación inmediata.* Así formulada, esta tesis puede resultar algo ajena al vocabulario corriente de Moore y Russell, aunque no tanto en sus primeros escritos. En todo caso no hay más que recordar que nos referimos al conocimiento *directo*, tan célebre desde Descartes. En lo tocante a Bradley, se halla implícita en nuestra discusión anterior sobre los juicios "analíticos". Sólo lo que ocupa nuestra mente aquí y ahora es realmente conocido. Por tanto todo otro conocimiento que pueda existir ha de ser derivado de éste. Cuando Bradley quiere "descender" al nivel correspondiente al lenguaje del sentido común (lo que hace con bastante frecuencia) y explicarnos en qué consiste lo real, dice: "es eso conocido en la presentación o conocimiento intuitivo". Es lo que encontramos en el sentimiento (*feeling*) o percepción. De nuevo, es eso que aparece en las series de sucesos que tienen lugar en el espacio y el tiempo.¹ Y, aunque más adelante reduzca todos los juicios singulares (por tanto también los analíticos) a meros condicionales (hipotéticos) y, por ello, a un conocimiento sin contacto con la verdadera realidad (pues "lo real no aparece como fenómeno", *ibid.*, 101-102), sin embargo no por ello hemos de restar valor a la distinción en sí misma y al conocimiento "directo" como fuente de la penetración en la realidad. Se trata sólo del consabido escalón hacia arriba por el que Bradley pasa a un

¹ 1883a, 44. Según Wollheim (1959a, 50) la tesis que comentamos la tomó Bradley del empirismo. Aunque así fuera (lo cual parece probable, al principio me refería ya a ello), es indudable que pasó a Russell a través de Bradley y Moore. Pues precisamente fue utilizada por los incipientes filósofos analíticos como *filtro* en relación con el pensamiento empirista. De la misma forma que aceptaron las críticas de Bradley a Mill, aceptaron también su visión global del empirismo, para bien o para mal.

estadio superior donde lo anterior quede negado por ser parcial. Como dije al principio del artículo, de Bradley me interesa ahora más su lado negativo que sus tesis positivas, sobre todo teniendo en cuenta que estas últimas no existen en realidad; ninguna verdad era para él absolutamente verdadera, como defiende en el último capítulo de 1893a.

(20) *El conocimiento directo se reduce, en última instancia, a los "particulares egocéntricos"* (Bradley no usó este adjetivo). De nuevo podemos inferir de lo anterior esta tesis defendida por Russell en sus momentos más radicalmente empiristas. Acabamos de ver que la presentación inmediata es la base de cualquier conocimiento; pero Bradley lo dice aun más claramente, introduciendo incluso términos que después serían típicos de Russell y de toda la filosofía analítica del conocimiento, como "particulares duros" (1883a, 14); o reconociendo sin ambages que el sujeto de todo juicio es lo real que aparece en la percepción (*ibid.*, 26) y que la realidad es lo que aparece (*ibid.*, 70-71). Línea en la cual llega a referirse a la fuente última de los "particulares egocéntricos" de Russell (hoy llamados *indexical terms*), al reducir toda presentación indirecta al término "esto" (*this*), que a su vez da origen a toda una característica aplicable a otros similares: la "estidad" (*thisness*). Se trata del único punto de contacto entre lo real y nuestra mente; sólo el *this* es real: "Todo lo que nos es dado, todos los sucesos psíquicos, ya sean sensaciones, imágenes, reflexiones, sentimientos, ideas y emociones —todo posible fenómeno que pueda resultar-nos presente— es a la vez *this* y tiene *thisness* (*ibid.*, 64-65). Por tanto sólo *esto* puede aspirar a ser mi relación directa con el mundo real a través de la presentación "sensible". Bradley llega a extender la característica a los términos típicos de las discusiones epistemológicas tradicionales de la filosofía analítica al escribir: "lo que ha sido dicho de *esto* será sostenido en lo fundamental de *yo, mi y mío*" (*ibid.*, 69). (Véase sobre esto Saxena 1967a, 85 y ss.)

Aunque sólo se tratase de esto, sería ya algo suficientemente asombroso. Pero lo realmente increíble es que también Bradley sostuvo la última teoría de Russell sobre los particulares *egocéntricos*: la de 1940a. En ella Russell pretendió eliminarlos en favor de los universales (de las cualidades).² Pues bien, Bradley consideraba que, en última instancia, el *esto* es

² Al hacerlo, seguía la línea de "pérdida de intuitividad" explorada ya anteriormente por Dedekind, Whitehead, por él mismo (en 1914a) y también por Carnap y Goodman. Véase mi 1987a, caps. 4 y 14.

un *universal*, como lo son también *aquí, ahora* y otros términos similares, caracterizados todos por poder ser utilizados para referirse a situaciones y momentos innumerablemente distintos.³ Diría más: puesto que la *estidad* puede aplicarse a todo lo que cae bajo esto, en el fondo todos los particulares egocéntricos serían reducibles a cualidades dadas en la presentación inmediata. La diferencia última con las cualidades radica en que éstas pueden formar parte de una descripción, mientras que los demostrativos no pueden ser usados como símbolos (1883a, 67). Da pues la impresión de que Bradley los reconoce como únicos términos susceptibles de constituir lo más parecido posible a un verdadero "nombre propio", otra tesis literal de Russell.⁴

(21) *Todo conocimiento indirecto se basa en el directo mediante construcción.* Para encontrar esta tesis russelliana en Bradley basta recordar lo que ya vimos en (18). Ya entonces aparecieron los juicios sintéticos como *construcciones* resultantes de la aplicación de contenidos ideales a lo dado en la presentación inmediata. Por lo tanto este tipo de conocimiento se basa sólo indirectamente en la percepción. Baste insistir aquí ampliando tal afirmación (1883a, 62):

Los juicios sintéticos sólo son posibles en conexión con lo dado en este único instante. Las ideas sobre sucesos del pasado o del futuro son proyectadas desde la base de la percepción presente. Es sólo en ese punto que todas ellas encuentran la realidad de la cual desean ser verdaderas.

Por ello, cualquier característica, por cercana que nos resulte desde el punto de vista de la percepción, no tendrá fundamento más que a través del *esto*. Incluso cuando la noción de *estidad* es aplicada a algo en el espacio y en el tiempo, pierde toda capacidad de conexión con la realidad si no es a través del puro *esto*, transcurriendo así dentro del mero "contenido" y no de la *existencia* (1883a, 66). Por tanto (y en este punto Bradley identifica *construcción* y *descripción*, como parcialmente Russell) las ideas no pueden lograr la "unicidad" de la referencia en abstracción del *esto* y ninguna *estidad* de un suceso conseguirá excluirlo de la serie de los sucesos similares: "Tal exclusividad cae dentro de la *descripción* y lo que es só-

³ 1883a, 49, 63 y 67. No hay que olvidar, sin embargo, que para Bradley *toda idea es siempre un universal* (1883a, 63).

⁴ Comparar con Wollheim 1959a, 56.

lo de esta descripción es simplemente *tal*, pero no puede ser esto" (*ibid.*, bastardillas más). Exactamente lo mismo en 1893a (p. 219):

Experiencia puede significar sólo experiencia directa o también indirecta. La experiencia directa, pienso yo, debe confinarse simplemente a lo dado, a lo meramente sentido o presentado. Pero la experiencia indirecta incluye todo hecho que se construya desde la base del "esto" y del "mío". Es todo lo dotado de existencia que rebase el momento sentido.

(22) *Las inferencias referentes a la mente, el cuerpo y la naturaleza son en realidad construcciones lógicas.* Esta famosa tesis del Russell posterior a 1914 se encuentra literalmente en Bradley con todas sus implicaciones. Cabe admitir, sin embargo, que lo que llamo aquí *mente* lo entiende Bradley como *yo* y también como *alma*, aunque efectivamente ambas nociones sean tratadas como construcciones. En cuanto al *cuerpo*, es también una construcción por ser un *objeto físico*, al igual que la *naturaleza* toda. Bradley utiliza muy frecuentemente el término "construcción" aunque, en lugar de añadir el predicado "lógica", suele preferir el de "ideal" (o también el de "intelectual"). Pero, como ya sabemos, puesto que el sentido que da a la noción de idea es siempre el de idea *lógica* (o contenido ideal), sus construcciones ideales equivalen perfectamente a las "construcciones lógicas" de Russell.

En 1893a (pp. 87-88) se nos muestra cómo la noción de *yo* no ofrece lo necesario para lograr la unificación de la experiencia al no ser simple, es decir, al estar compuesta por una multiplicidad de significados. Por tanto (1893a, 220-221; bastardilla más):

No tenemos experiencia *directa* de la realidad como si ésta fuese mi yo con sus estados. Si hemos de llegar a esa conclusión, debemos hacerlo indirectamente y mediante un proceso de *inferencia*. La experiencia da el "esto-mío". Pero no da ni el "mío" como un adjetivo del "esto" ni el "esto" como dependiendo del "mío" o perteneciéndole.

Construimos nuestro *yo* a partir de los datos del pasado que nos ofrece la memoria. Y esa *construcción ideal* la puedo hacer extensiva, por analogía, a las otras personas. Y ello utilizando los mismos materiales pues la experiencia del yo no es más intensa ni fiable que aquella que constituye el no-yo (esto también contra el solipsismo): "Los otros yoes y mi propio yo son ambas construcciones intelectuales, cada una de ellas tan segura como podamos esperar de los hechos particulares" (1893a, 226-227). Pero no podemos ofrecer demostraciones de ninguno de ellos; ni siquiera la

memoria puede ser utilizada como justificación, pues es obvio que también la memoria es una construcción a partir del presente (*ibid.*), es decir, completamente inferencial y falible. Bradley llega a calificar a tales entidades de *ficciones*, con lo que parece haber proporcionado la base terminológica para la posterior calificación russelliana de las entidades inferidas como “ficciones lógicas” destinadas a ser eliminadas. Una vez más Bradley se enmarca de lleno en la tradición empirista más radical, ahora aceptando y desarrollando la construcción del yo en la mayor línea humeana y mucho antes de que Russell escribiera 1921a.

Exactamente lo mismo sucede con la noción de alma, aunque ahora con mayor motivo al faltar por completo el menor indicio de experiencia directa. Bradley intenta una definición cuando la describe como “un centro finito de experiencia inmediata, poseedor de una cierta continuidad de existencia temporal y de una cierta identidad de carácter” (1893a, 264). Pero inmediatamente convierte esa definición en una construcción (o definición *constructiva*) al añadir que también podemos considerar el alma como “un grupo particular de sucesos psíquicos en la medida en que tales sucesos sean considerados como teniendo lugar en el tiempo”.

Los objetos físicos nos conducen a idénticas conclusiones. Vimos ya cómo todo conocimiento indirecto se basa, en última instancia, en la presentación inmediata. Por consiguiente, todo lo que rebasa a ésta es mera inferencia procedente de alguna construcción. (Es de notar que, en contra del futuro Russell, Bradley considera todas las inferencias como procedentes de construcciones, mientras que para Russell sólo algunas podían ser sustituidas por construcciones “lógicas”. Al final del capítulo veremos que también Bradley aporta un criterio para clasificar las construcciones desde el punto de vista de su aceptabilidad.) La naturaleza misma, como conjunto de objetos y procesos constituidos mediante el conocimiento indirecto (por descripción) es, por ello, otra construcción (1893a, 236):

La Naturaleza no es sino una parte del todo sentido que hemos separado mediante nuestra abstracción y ampliado por necesidad y artificio teóricos. Entonces erigimos ese fragmento como auto-existente; y lo que a veces se llama “ciencia” se sale de su camino para cometer un gran error. Tomando una construcción intelectual de las condiciones de la mera apariencia por realidad independiente.

En aplicación de ello el cuerpo no es más que mera construcción espacial, a partir de los datos obtenidos durante la vigilia, que se concreta en un “único sistema de relaciones” (*ibid.*, 254) al que posteriormente pasa-

mos a considerar real. Sin embargo, como todo cuerpo, es una parte del mundo físico, es decir, de la naturaleza, por lo que responde al mismo artificio; como ella es mera abstracción, independiente de la apariencia de mayor fiabilidad. Un cuerpo, entonces, es “una construcción intelectual realizada con materiales no auto-subsistentes” (1893a, 263). Y puesto que tales materiales se hallan indisolublemente implicados con la sensación y la percepción inmediata (*feeling*), su separación de la totalidad dada constituye un proceso artificial, por más útil y necesario que resulte para nosotros.

Lo mismo sucede con cualquier otro objeto de la ciencia. La materia, el tiempo, el espacio con sus correspondientes series, los hechos y sus relaciones, etc. La base de todo radica en que *todo proceso de inferencia implica una construcción*. Y ello sencillamente porque la inferencia misma es ya una construcción ideal al rebasar lo dado inmediatamente. Idea perfectamente establecida en 1883a y que profundiza nuestro paralelismo entre Bradley y Russell al ilustrar la forma en que la lógica es aplicada a la teoría del conocimiento y a la metafísica en general: “una inferencia es siempre una construcción ideal que tiene como resultado la percepción de una nueva conexión”.⁵ En consecuencia, cualquier inferencia basada en ella será, por idénticos motivos, también una construcción. Cuando Russell defendía que la lógica era lo más característico y revelador de una filosofía, seguía, de nuevo, a Bradley.

(23) *Lo construido puede ser eliminado y sustituido por sus materiales componentes*. Veamos cómo una vez más Bradley aporta las ideas esenciales, ahora de una tesis tan central para Russell (y Moore). Aunque la idea habría que encuadrarla propiamente en las tesis metodológicas que hemos dejado para el final del capítulo, es preciso adelantar aquí, en un contexto epistemológico, algo de su fundamento. Ya tuvimos ocasión de comprobar (parcialmente aún) cómo el análisis de las nociones y los juicios tenía por objeto fundamental el mostrar los verdaderos significados. Así, por ejemplo, en lo referente al significado en general (6), la forma S-P (7) y su análisis genuino (10) y también al tratar de los juicios universales (13). Todo ello en cuanto al significado de las *formas gramaticales*. En lo to-

⁵ 1883a, 285. Citado por Wollheim, 1959a, 157. Otro testimonio de 1883a (p. 75) en el mismo sentido: “los sucesos pasados y futuros y todas las cosas no percibidas existen *para nosotros* sólo como *construcciones ideales* conectadas, mediante una inferencia a través de la identidad de cualidad, con lo real que aparece en la percepción presente”.

cante al resto de construcciones a realizar partiendo del conocimiento directo hasta llegar a las consabidas inferencias (la mente, el cuerpo, los objetos, etc.), hemos comprobado lo mismo sobre el significado de los *conceptos*. Pues bien, en los dos casos es el análisis lo que nos permite descubrir lo auténtico (forma o significado) por debajo de lo aparente. Y ese análisis se lleva a cabo destruyendo la forma errónea o la construcción mal realizada hasta *eliminarlas*. El proceso deja sólo aquello que de verdadero contenía lo analizado, que se incorpora a una nueva formulación.

La gran diferencia con Russell es que para Bradley, cuando se demuestra que algo es una construcción, queda, por ello mismo, eliminado de lo verdaderamente real (aunque esto no resulta demasiado grave si recordamos su teoría de los grados de realidad). Así, al comprobar que una noción es mera construcción, el análisis deberá posibilitar su "eliminación" (por ejemplo, el *alma*).⁶ O cuando, como también hemos hecho notar, resultan eliminadas las formas S-P o el silogismo. Por motivos prácticos Bradley llega a calificar de útiles a semejantes "portentos" inexistentes (1893a, 227), pero sin que en ningún caso debamos permitir que su aparente lógica nos conduzca a errores o malentendidos. Se trata de formas que nos pueden prestar determinados servicios limitados a la esfera pragmática, siempre y cuando su lenguaje no nos lleve a realizar, además, inferencias filosóficamente confundentes. Para Russell, en cambio, la teoría de la construcción tiene también un aspecto positivo. Podemos incluso utilizarla como método explícitamente destinado a dotar de fiabilidad ontológica a determinados conceptos que, antes de ser contruidos, no pasaban de ser meras "inferencias" injustificadas.

La máxima suprema de Russell a partir de 1914 decía precisamente esto: sustitúyanse las inferencias por construcciones lógicas. Para Bradley semejante proceder es baldío: cualquier construcción, aunque se halle "bien" realizada, tiene minados los cimientos desde sus mismos inicios. Y ello por la simple razón de que rebasa *necesariamente* la experiencia directa, por lo que utiliza en algún grado la inferencia. ¿Cómo, de no ser así, podríamos tener un criterio que diese sentido a la "dirección" de nuestras construcciones? Russell tardó años en decidirse por el método explícito de las construcciones; su aceptación fue incluso muy posterior a

⁶ "metaphysically your soul or Ego is a mass of confusion, and we have now long ago disposed of it" (1893a, 279).

su uso real en la práctica (ya presente de lleno en 1903a). Vista la opinión de Bradley sobre las construcciones lógicas, ello no es en absoluto de extrañar. Para Bradley tampoco habrían sido admisibles las construcciones efectivamente limitadas a utilizar materiales pertenecientes a lo inmediatamente presente: no rebasarían, en su timidez, las ventajas de las inferencias a secas; con el agravante de que pretenderían lo mismo soterradamente. Russell intentó solucionar en parte tales problemas mediante su teoría de que las construcciones podían ser meramente *convencionales* y arbitrarias, siempre y cuando en determinados puntos fuesen "compatibles" con esa experiencia directa. Su problema, sin embargo, estuvo siempre en que le resultaba casi imposible despojarse del esencialismo latente en su rebelión contra el escepticismo de Bradley.

(24) *Las leyes de la ciencia son hipotéticas (condicionales)*. Se trata de una tesis popularizada por el empirismo pero que pertenece a la tradición analítica en filosofía de la ciencia tal vez desde Mach. En Bradley no es más que la aplicación de su teoría general del juicio. Vimos ya que los juicios universales, los propios de la ciencia, son siempre hipotéticos; en general, todos los juicios son hipotéticos para Bradley, ya que las ideas que en ellos se expresan son ideas lógicas, y por tanto universales, haciendo así imposible que podamos predicar de ellas cualquier contenido individual. Aunque ya Herbart mantuvo la misma postura (1883, 44), partía de la base de que los juicios son síntesis de ideas. De forma que, aun cuando su conclusión era verdadera, sus premisas adolecían del error que Bradley nunca se cansó de denunciar: en el juicio no hay varias ideas sino sólo *una*, cuyo contenido es aplicado a la realidad como un todo, no a su sujeto como idea constituyente del juicio.

Sin embargo, Bradley formula también la tesis de forma totalmente explícita: "La finalidad de la ciencia [...] es el descubrimiento de *leyes*; y una ley no es más que un juicio hipotético" (1893a, 92). Al igual que en cualquier obra estándar del positivismo lógico, lo que se afirma es que $(x)(Px \rightarrow Qx)$; sólo que, en el caso de Bradley, ello es consecuencia del hecho de que cualquier juicio hipotético trata, en última instancia, de la realidad toda.

En general, la postura de Bradley ante la ciencia es plenamente contemporánea. Ya en 1883a tiene párrafos que producen la impresión de que uno está leyendo a Mach o, más bien, a Duhem, pues Bradley insiste mucho más sobre la idea de la aplicación de "modelos" (juicios) a la realidad que sobre la consideración fenomenalista entendida como unificación de contenidos sensoriales. Para él los llamados principios explicativos de la ciencia no son

más que hipótesis de trabajo, cuya verdad consiste sólo en su operatividad, pero que en ningún caso han de ser considerados como una explicación categórica de la naturaleza misma de las cosas (1883a, 340):

El físico, por ejemplo, no está obligado a creer que los átomos o el éter existan realmente en una forma que corresponda exactamente con sus ideas. Si tales ideas otorgan una unidad racional al conocimiento que existe y conducen a nuevos descubrimientos, queda completamente satisfecho el más exacto requerimiento sobre la más exacta de las ciencias.

Con ello Bradley, como otros pensadores de la época, inaugura la tendencia (tan de moda en la actualidad mediante la "vuelta" a la línea Kant-Nietzsche-Heidegger implícita en los "descubrimientos" de Duhem-Wittgenstein-Quine y popularizada con el consabido "somos nosotros...") según la cual son nuestros mismos instrumentos conceptuales los que imponen cauces a la realidad. Su intento de 1893a (presente ya en la obra anterior) de separar cuidadosamente ciencia y metafísica aclara su postura al respecto: "Con objeto de comprender la coexistencia y la secuencia de los fenómenos, la ciencia natural lleva a cabo una construcción intelectual de sus condiciones. Sus nociones de materia, movimiento y fuerza no son más que ideas operativas utilizadas para comprender la aparición de determinados sucesos" (1893a, 251). Y el enlace entre los modelos y la realidad se opera mediante lo que en términos russellianos se llamaría el *punto* entre la física y los datos de los sentidos o, en un estilo posterior (ahora también desechado por la última moda), reglas de correspondencia. En palabras de Bradley (1893a, 436-437):

La vida sensible, el calor y el color, el olor y los tonos, sin ellos la Naturaleza es una mera ficción intelectual. Las cualidades primarias son una construcción exigida por la ciencia, pero carecen de vida como hechos mientras permanezcan separadas de las cualidades secundarias.

(25) *La mente y el cuerpo no son dos aspectos de la misma realidad, sino dos series paralelas relacionadas causalmente.* Formulo de esta forma la tesis para lograr que coincida, al menos *parcialmente*, con la postura de Russell tanto en su época monista neutral como en otros momentos. Lo importante aquí, como siempre, no es el detalle sino el *marco general de discusión* dentro del cual caben posteriormente diversas líneas concretas. Lo cierto es que junto con Bradley, Mach y el neorrealismo, Russell se movió siempre dentro de ese marco.

Páginas atrás comprobamos cómo para Bradley la mente y el cuerpo

no son más que construcciones realizadas a partir de los materiales aportados por el conocimiento inmediato de nuestros contenidos mentales del momento. Son, pues, grupos de fenómenos. Y, como de no admitirse la conexión causal no podemos evitar la caída en el ocasionalismo (o algo peor), hay que reconocer esa interacción mutua. No se llega, así, al monismo neutral (que Russell defendió desde 1919), pero sí a algo muy similar (1893a, 296):

El alma y su organismo son cada uno una serie fenoménica. Como tales, hablando de forma general, se hallan implicadas cada una en los cambios de la otra. Su pretendida independencia es, por tanto, imaginaria, y superarla invocando una facultad tal como la Voluntad es curar una ilusión mediante una ficción. En todo estado psíquico hay presentes dos vertientes, a pesar de que descartemos una. [...] Y la misma ley de Asociación debe ampliarse hasta abarcar las conexiones formadas entre los elementos físicos y los psíquicos.

El que, al final, Bradley rechace la realidad última de tales fenómenos (como es costumbre en él gracias a la relatividad frente al Absoluto), no es óbice para que su postura, una vez más, se manifieste como plenamente contemporánea.

(26) *La relatividad del conocimiento es contradictoria.* Se trata de una tesis literal en el primer Moore y que subyace en toda la obra de Russell. En Moore se relaciona con su *refutación* del idealismo (que, como veremos, también es de Bradley) y supone una premisa necesaria para mantener la distinción entre *ser* y *existencia*, pues el objeto del conocimiento siempre *es* aunque no exista. Por el mismo motivo, la tesis se sigue directamente de la teoría del significado de Bradley y de su antipsicologismo. Si el significado es siempre algo objetivo y el juicio siempre la atribución de algo objetivo a la realidad, que también lo es, se infiere que el resultado no puede ser un producto de *mi mente*. Por consiguiente, mantener que, cuando conozco algo, ese algo depende de mi forma de conocerlo, es no darse cuenta de que *todo* juicio presupone un contenido *ideal* (o significado universal) que existe independientemente de mí. Puedo, naturalmente, equivocarme; lo que ocurre entonces es simplemente que no hay conocimiento verdadero. No vale, pues, el contraejemplo.

No obstante, en *otro* sentido sí es cierto que todo conocimiento es relativo: aquel según el cual la verdad absoluta no existe para nosotros. Pero semejante proclama pertenece al nivel "superior" de la filosofía bradleyana; concretamente a su teoría de los grados de verdad, que no nos interesa aquí (1893a, cap. 24). Lo importante es darse cuenta de que si afir-

mamos que el conocimiento es relativo (en el primer sentido) ya que modifica lo conocido, entonces no existe tal conocimiento. Claro que a la inversa sucede lo mismo: si un conocimiento no afecta como *relación* al sujeto y al objeto, entonces es algo vacío e inexistente (véase Wollheim 1959a, 189 y s.). Como de costumbre, Moore y Russell adoptaron *una* de las dos vías. Para Bradley ninguna era absolutamente verdadera. Se trata aquí de un caso parecido al de las relaciones, al cual nos referiremos más adelante.

(27) *La verdad es básicamente consistencia.* Me apresuro a aclarar que esta tesis podemos adscribirla con claridad solamente al primer Moore, aunque es cierto que en Russell se halla latente cuando menos hasta 1904 debido a su resistencia a admitir la alternativa clásica: la verdad como correspondencia. En todo caso es una tesis importante para ambos al ejemplificar la forma en que sus filosofías continuaron dependiendo en lo fundamental de Bradley incluso mucho después de la supuesta "rebelión contra el neohegelianismo". Hasta que Russell no comenzó a romper (parcialmente) con la ontología platónica mediante la teoría de las descripciones y aclaró un tanto la cuestión de las relaciones externas (que, curiosamente, siguieron manteniéndose cuando ya no eran necesarias), permaneció siendo presa fácil de la verdad como consistencia. Y ello básicamente por depender de la teoría del juicio de Bradley según la cual todo pensamiento implica un juicio. De acuerdo con ello *cualquier* forma de pensamiento supone la atribución de un contenido ideal a la realidad. Por tanto incluso la forma más simple del pensamiento, la mera percepción, tiene como resultado un juicio pleno. Para el primer Moore ello era fundamental y, junto con su teoría relacional, concluyó en su concepción general del mundo como formado sólo de conceptos. Russell admite aún en 1904a que *la percepción tiene como objeto una proposición*, que es otra forma de dependencia del marco formado por la tesis que comentamos ahora y por la (11).

En Bradley el problema de la correspondencia ni siquiera puede plantearse al no admitir una distinción *real* entre lo ideal y lo existente. Esto sin recurrir ya al hecho innegable de que para él la propia verdad es siempre relativa y gradual. La consecuencia es que sólo la consistencia entre nuestros juicios puede ser admitida como criterio de extensividad de nuestro conocimiento de la realidad (1893a, 332). El que de hecho pueda extraerse la ulterior consecuencia de que sólo la inconsistencia puede suponer un argumento en contra de determinada concepción (literalmente en 1893a, 261), no asusta en absoluto a Bradley; todo lo contrario de lo que podríamos haber esperado de un hegeliano. En todo caso con semejante actitud estaba favoreciendo una visión que para el Russell platónico.

tendría desastrosas consecuencias en filosofía de la matemática. Aunque, curiosamente, la reivindicación de la verdad como correspondencia pertenece a una etapa posterior de la evolución de la teoría del juicio ruse-lliana, antes de la cual no había aparecido todavía esa consecuencia "formalista". Más curiosamente aun, las dificultades de Russell para aceptar a Cantor procedieron de la imposibilidad en que se encontraba de admitir la mera consistencia como criterio de *existencia* matemática.⁷ En cambio para Bradley estaba claro que, si el juicio es atribución de un contenido ideal a la realidad, el sistema formado por todos esos contenidos ideales ha de ser coherente, y el grado de coherencia aumenta el grado de verdad. Incluso el error contiene algún grado de verdad debido al hecho de que no hay contradicción absoluta; llegamos así a la jerarquía acostumbrada.

(28) *La experiencia directa proporciona automáticamente la distinción entre "acto" y "objeto"; por consiguiente, ser no consiste en ser percibido.* Esta tesis, típica de la "refutación" mooreana del idealismo en 1903c, pero presente en toda su obra (como en la de Russell), está asociada históricamente con la "rebelión" contra el neohegelianismo de los padres de la filosofía analítica. Sin embargo, cometeríamos un grave error si considerásemos, como suele hacerse, que el enemigo era el "idealismo" de Bradley. Lejos de ellos, el mismo Bradley proporcionó *íntegramente* lo necesario para la famosa refutación que, por otra parte, puede rastrearse hasta el mismo Aristóteles.⁸

Como casi siempre, la base de nuestra tesis estará en la teoría del juicio. La atribución de un contenido universal a una realidad va *más allá* del acto al implicar necesariamente una idea lógica, un significado, que es un adjetivo "errante", no un *acto* concreto. Mediante el acto lo transferimos a un sustantivo real (la realidad toda; 1883a, 10-11); por tanto una cosa es la atribución misma, es decir el acto del juicio, y otra muy distinta su *objeto*, es decir, el contenido ideal que predicamos de la realidad. Además, ni siquiera el acto mismo *constituye* esa relación; ella existe *independientemente* y va más allá de él. La distinción típica necesaria para

⁷ Para todo esto véase mi 1988a sobre el rechazo de Cantor. En cuanto a la evolución posterior de Russell, es curioso que todavía en 1912a defienda en cierto sentido la consistencia al argumentar que hemos de admitir la información sensible por tales motivos. Y ello después de abominar de toda teoría de la consistencia en 1910a.

⁸ Ya Aristóteles se dio cuenta claramente de que la proposición "todo es sensible" es contradictoria. Véase *Metafísica*, IV, 5.

anular la tesis típica de cierto idealismo queda, así, servida. Cuando Moore la mantiene como tesis original se equivoca, pues, de palmo a palmo (véase mi 1990c).

En 1893a Bradley es aun más preciso al respecto; básicamente en dos lugares: en su crítica del solipsismo (como forma de idealismo) y en su aplicación de la distinción entre contenido y existencia al problema de la supuesta indistinción entre el alma y lo que ésta percibe. En el primer caso (1893a, 218 y s.) se sirve de su ya consagrada distinción entre experiencia directa e indirecta para atacar la base misma del solipsismo. Afirma éste que lo conocido es, en última instancia, una parte de mi mente, es decir, de mi yo; lo que equivale al famoso *ser es ser percibido*. Pero lo conocido puede serlo directa o indirectamente y en este segundo caso la base (de la construcción) ha de ser necesariamente la experiencia inmediata. Pero esta base proporciona *dos* tipos de construcciones: un yo y un no-yo. Por lo tanto el yo no puede "absorber" al mundo externo: *él mismo es ya una construcción*. Mediante este apoyo inesperadamente humeano Bradley insiste en la dependencia mutua del yo y del no-yo. O los admitimos o los descartamos: pero siempre juntos. Resumiendo: "si la experiencia es mía, ello no es argumento alguno para que lo experimentado no sea más que mi estado" (*ibid.*, 229). Es decir, el que la realidad me llegue a través del conocimiento no significa que *sea* ese conocimiento.

En el segundo caso (1893a, 265 y ss.) se nos muestra en cierto modo lo inverso, a saber, que la totalidad de los contenidos de mi experiencia no puede ser mi alma. Pervive siempre la distinción entre contenido y existencia de forma que lo significado idealmente no es un hecho *de* experiencia. Cuando pensamos en algo, su verdadera existencia no se halla en nuestra mente, sino *ante* ella: su existencia como contenido es independiente de su existencia como acontecimiento psíquico y hasta irreconciliable con él. Es, de nuevo, un *what* que no se acomoda con su *that*, sino que va más allá; por consiguiente, el universo y sus estados no pueden consistir en estados de mi alma.

Baste con ello para demostrar la existencia de la tesis en Bradley. Moore no pudo tener otra fuente en su utilización de la distinción acto/objeto para luchar contra el idealismo del *esse est percipi*. No hay que olvidar, no obstante, que Moore consideraba como algo psicologista (!!) la teoría del significado de Bradley. Es posible que ese mal enfoque le hiciera *re-descubrir* la tesis. Pero no me interesan (lo decía al principio) las influencias "subjetivas".

(29) *La base de todo pluralismo son las relaciones externas. Si uno lee so-*

bre este tema solamente la primera filosofía de Moore y Russell, puede llegar fácilmente a la conclusión de que cuando tuvo lugar la célebre rebelión contra el idealismo por parte de ambos, hubo que contrarrestar la "teoría de las relaciones internas" de Bradley, que conducía al monismo, con la teoría contraria, más proclive al pluralismo. Nada más erróneo: *ambas posturas* fueron examinadas y, finalmente, rechazadas por Bradley. Y lo más importante: él estableció de forma clara la conexión entre cada una de éstas dos posturas sobre las relaciones y la correspondiente ontología. El que posteriormente una de ellas fuese utilizada en su contra es el mecanismo habitual que ya hemos podido comprobar en otros casos. Es fácil encontrar textos que, debidamente descontextualizados, produzcan el convencimiento de que para Bradley las relaciones externas son inaceptables. Uno de ellos, citado a veces con tales propósitos, es éste: "No admito que ninguna relación pueda ser meramente externa y no produzca diferencia alguna en los términos entre los que se da" (1893a, 513; apéndice 1897). Vamos a ver que la cosa no es tan fácil.

También el análisis del juicio provee los medios para dilucidar la cuestión. Empezaré por describir la forma en que para Bradley se produce el nexo entre el pluralismo y las relaciones externas. En el capítulo III de 1893a Bradley establece la dependencia mutua de las nociones de *calidad* y *relación*. En este sentido las cualidades sólo son inteligibles *a través* de las relaciones y viceversa. Puesto que ni unas ni otras poseen significados independientes, Bradley llega a la conclusión de que las relaciones son artificios del pensamiento discursivo que se mueven dentro del mundo de las apariencias. Y ello tanto si son internas como externas. Más adelante se explica cómo, si queremos encontrar sentido a las relaciones, ha de ser sobre la base de una totalidad. Si los términos relacionados se consideran como entidades independientes, entonces resultan eliminados: "la pretendida independencia de las entidades reales no constituye hecho alguno sino una construcción teórica" (1893a, 126). No es más que una consecuencia de la lógica y la teoría del conocimiento que hemos recorrido anteriormente.

Por eso fue rechazado el concepto de sustancia: para Bradley no existen "cosas" más que sobre la base del conocimiento indirecto, es decir, meras descripciones sin evidencia última fuera del conocimiento directo, el cual no puede *presentar* nada concreto y terminado. Por ello "pluralidad y relacionalidad no son más que características y aspectos de una unidad" (*ibid.*, 125). Pero, si deseamos eliminarlas, como apariencias que son, retrocediendo hasta la diversidad que nos ofrece lo sentido, no por ello lograremos la pluralidad, sin relaciones, que buscamos. Lo que haríamos sería sencillamente hundir esa pluralidad "hasta convertirse mera-

mente en un aspecto integral en una unidad sustancial" con lo que "las entidades reales se esfuman" (*ibid.*, 126). Naturalmente tampoco ahí radica la solución. El Absoluto, que todo lo trasciende, es *a la vez individuo y sistema*, incorporando así los dos aspectos.

Es cierto que en muchas ocasiones Bradley defiende las relaciones internas. Pero siempre que lo hace (por ejemplo, 1893a, 322-323) es para subrayar su dependencia de la totalidad. Lo único que pretende con ello es fijar una proporción: las relaciones internas son a la totalidad como las externas al pluralismo. Pero no por ello pasa a considerar, y en esto sigue escrupulosamente a Hegel, la posibilidad de presentar la realidad última como algo independiente de sus apariencias. Wollheim ha escrito (1959a, 199) que la principal doctrina de Bradley es que la realidad es un: (monismo) y que lo siguiente en importancia es que la realidad es experiencia (idealismo), pero creo que constituye un error formularlo de acuerdo con esta jerarquía, puesto que la realidad no puede ser única *si no es a través de sus manifestaciones*. En última instancia la verdad presenta dos mitades: por un lado todo es apariencia y ninguna apariencia ni combinación de ellas se identifica con la realidad; por otro lado: "Lo Absoluto es sus apariencias, realmente todas y cada una de ellas" (1893a, 431). El que posteriormente esta concepción resulte matizada al añadir la doctrina de los grados de realidad no nos impide concluir que, como decíamos al principio, monismo y pluralismo constituyan solamente aspectos provisionales. Pero, en todo caso, el establecimiento de una clara relación entre las relaciones externas y el pluralismo ha de atribuirse a Bradley.⁹ De nuevo, Moore y Russell se limitaron a escoger uno entre los caminos trazados por él. La prueba de que Russell continuó dependiendo parcialmente de la otra posibilidad está en los continuos problemas de 1903a sobre el predominio alternativo de las relaciones o de sus campos (véanse mis 1988c, 1988d, 1990c y 1991a, cap. 5).

(30) *El pensamiento relacional proviene del análisis relacional del juicio como opuesto a la forma S-P*. Esta tesis fundamental para Moore y Russell requiere, así formulada, abundante explicación. En (10) vemos cómo la alternativa a la forma S-P sólo puede consistir en una reducción de ambas nociones (por tanto, de *todos* los conceptos) a un mismo nivel lógico, on-

⁹ Wollheim (1959a, 188) cita un texto de Bradley particularmente claro al respecto: "*Pluralism, to be consistent, I presume, accepts the reality of external relations*". Al leer esto no se puede evitar la impresión del maestro dirigiendo las preferencias de sus seguidores.

tológico y epistemológico. Lo que Moore expresaba diciendo que el juicio es unión de conceptos, procedía de la tesis bradleyana de que *en el juicio* los conceptos se fusionan hasta formar un solo contenido ideal. La diferencia es que para Bradley ese único contenido se convierte en predicado de la realidad. Pero esta diferencia no es en realidad importante. El que Bradley niegue una y otra vez que el juicio no es *síntesis* de dos ideas significa sólo que la forma S-P no es válida; pero no que el juicio no unifique conceptos que pueden existir separados.

Aquí ocurre algo parecido a lo que antes decíamos sobre las relaciones externas y el pluralismo como su correlato necesario. Para Bradley el juicio es *uno*, pero ello en el sentido de que *se convierte en uno* a través y a partir de sus componentes primitivos. Para Moore la proposición es también un concepto, aunque *complejo*, pero poseedor de las mismas propiedades que el resto de ellos. Por consiguiente ambas posturas parecen admitir parcialmente las relaciones externas y parcialmente las internas. Pues, de no darse relaciones internas en el juicio, ¿cómo es posible que la proposición pueda ser *un* concepto y no un “agregado” de ellos? Por otra parte, el considerar a los conceptos situados al mismo nivel permite verlos como componentes independientes en cualquier proposición. Por lo tanto la raíz de todo se halla en la ruptura de la forma S-P y *no* en el énfasis sobre uno y otro de esos dos aspectos: ambos son consecuencias de tal ruptura.

(31) *La realidad es incognoscible*. Se trata de un matiz escéptico de la filosofía de Russell heredado igualmente de Bradley. Para él el conocimiento (es decir, los juicios) jamás puede alcanzar la unión entre existencia y contenido: la correspondencia final entre el pensamiento y la realidad es pues imposible. La conclusión de 1893a (p. 488) no hace sino reconocerlo: “al final la Realidad es inescrutale”. Por eso mismo, la labor de la lógica y la metafísica consiste en lo fundamental en la evitación de errores y confusiones. A partir de ello podremos elevar un poco *el grado* de verdad de nuestras concepciones, sin embargo la verdad absoluta es inalcanzable para los seres humanos. El modesto objetivo de 1883a era sólo clarificar las bases para que la filosofía británica pudiese desarrollarse sin chocar una y otra vez contra los consabidos prejuicios; y esa labor de clarificación sólo puede ser crítica pero nunca dogmática: el estudio de los primeros principios ha de ser *escéptico* (1883a, p. x). También en el prefacio de 1893a (p. viii) insiste sobre esta idea defendiéndose ante ciertos ataques de dogmatismo: “Mi libro no se propone la permanencia y quedará satisfecho con resultar sólo negativo, en la medida en que ello implique una actitud de activa puesta en cuestión”.

Precisamente eso fue lo que llevaron a cabo Moore y Russell: *adoptar lo más valioso y útil de esa parte negativa* incluyendo el método que llevaba implícito, es decir, el cuestionamiento escéptico de lo tradicionalmente aceptado como establecido. "Por escepticismo", escribió Bradley, "no quiero decir duda o incredulidad sobre algún principio. Entiendo por ello un intento de llegar a ser consciente y dudar de todos los presupuestos" (*ibid.*). Y también esa tarea fue la que trató siempre de llevar a cabo Russell. Siguiendo la huella de su (secretamente) venerado maestro, aprendió que el metafísico no puede "tomarse a sí mismo demasiado en serio" (*ibid.*, ix) pues, si lo hace, corre el peligro de olvidar que, como el propio Russell gustaba de escribir (ahora sí citando a Bradley; algo es algo): "La metafísica es la búsqueda de malas razones para lo que creemos por instinto, pero encontrar esas razones no es menos un instinto".¹⁰

Hasta aquí las tres primeras secciones, que agrupan unas cuantas¹¹ de las tesis que, estando presentes de forma clara como vigas y columnas en las filosofías de Moore y Russell, pueden hallarse con igual claridad en Bradley. El resto del artículo añade algunas más, pero ahora apuntando más directamente al método mismo

2. La forma lógica y el método

En las páginas que siguen y a modo de conclusión, me esforzaré en entresacar de todo lo anterior los aspectos metodológicos. Parecen éstos poder ser abstraídos con sólo seguir un poco la forma en que generalmente Bradley consigue fijar determinadas tesis en contraposición a otras que han de quedar, a su juicio, eliminadas. Estoy convencido de que tales elementos metodológicos son sumamente importantes para entender la

¹⁰ Una cita más: "en todas las cuestiones, si se me empuja lo suficientemente lejos, acabo al final en dudas y perplejidades" (1883a, xi).

¹¹ La lista de tesis heredadas podría fácilmente alargarse. Incluso en ética, parece que la base fundamental de Moore y Russell fue la filosofía de Bradley. No he podido proseguir esta investigación hasta incluir las obras específicamente éticas de Bradley pero, limitándome sólo al capítulo XXV de 1893a, pueden señalarse claramente diversas tesis básicas en los *Principia ethica* de Moore. Señalo algunas de tales "coincidencias": (a) *el bien no es ni lo placentero ni nada particular*; (b) *la identificación de algo como "el único bien" es contradictoria*; (c) *"deseable" es un término ambiguo*, y (d) *es necesario distinguir entre el significado del bien y las cosas a las que tal significado puede aplicarse*. No quiero exagerar ni tampoco olvidaré la influencia de Sidwick y otros en la ética de Moore, pero en esas cuatro tesis de Bradley parece contenerse la esencia de la famosa obra de Moore, incluyendo, como es obvio, la famosa "falacia naturalista".

aparición del análisis como método en Moore y Russell. Entendiendo como análisis la forma de llegar hasta el fondo de las cuestiones y los conceptos que ambos filósofos practicaron siempre. Una forma en la que se suponía en todo momento que tal fondo *existía*. Bien sea entresacando la forma real de la aparente (gramatical), bien dilucidando los diversos sentidos posibles de un término o juicio.

Esta forma de entender el método filosófico conduce, al final, a cierto esencialismo como intención y presupuesto fundamental. Y ello en el sentido de que las típicas preguntas como "¿qué es verdaderamente X?" serán las habituales. Ciertamente, es difícil eludir esa tendencia dentro de la teoría referencialista del significado. Por esa vía se llega, necesariamente, a la identificación entre análisis y definición. Y a considerar, en consecuencia, que penetrar en un concepto significa dar una definición de su verdadera esencia. Esta, a su vez, como unidad compuesta de *simples*. Con ello Moore y Russell proseguían la línea tradicional (Platón)-Aristóteles-Locke. Pero en Bradley la función de los *simples* queda oscurecida por su descomunal relativismo y por su concepción holista y circular del lenguaje, mucho más coincidente con la moda actual que la concepción de Russell. Por ello, sus análisis no son del todo reductivos como en Moore y, sobre todo, en Russell. Sin embargo, los elementos típicos del esquema definicional aristotélico serán asimilados por Moore/Russell a través del análisis relacional del juicio de Bradley.

Articularé esta sección final de la misma forma que las anteriores, es decir, tratando de fijar la influencia en tesis concretas. En este caso la dificultad y la injusticia hacia Bradley han de aumentar. Pues la forma en que Bradley se desenvuelve *metodológicamente* es aun mucho más difícil de fijar que el contenido de su filosofía (si es que tiene sentido separar método y contenido). Las tesis que siguen no se hallarán, pues, explícitamente formuladas en su obra, pero parecen inferirse de su práctica.

(32) *Hay una gran diferencia entre la forma aparente (gramatical) y la forma real (lógica)*¹² *de los conceptos y juicios*. Parece innecesario atribuir esta tesis a Moore o Russell. Sobre el primero, *toda* su obra temprana parece basarse en ella. En cuanto al segundo, su búsqueda del *verdadero significado* no se limitó, como podría pensarse, a su etapa anterior a "On de-

¹² Aquí fuerzo un tanto el significado de la expresión "forma lógica" en la medida en que atribuyo a Bradley connotaciones no presentes en sus propias expresiones equivalentes a ésta. Trato sólo de subrayar un paralelismo, no de proponer un lenguaje diferente.

noting". Lejos de ello, la ruptura parcial con el platonismo que el nuevo recurso suponía sirvió para acentuar las tendencias esencialistas que no se debilitaron hasta 1914 y no desaparecieron totalmente *nunca*, a pesar de las proclamas teóricas en favor de una concepción lingüística de la filosofía realizadas a partir de la década de los treinta.

Hemos tenido ocasión de constatar en varios puntos de nuestro recorrido anterior que la forma gramatical es, para Bradley, muchas veces desorientadora. Hasta el punto de que se requeriría todo un proceso para entresacar de ella el verdadero significado. Por ejemplo, en (4), cuando los nombres propios se revelaban como verdaderas descripciones a pesar de su forma aparente. O en (7) y (8), donde la forma S-P y la cópula de los juicios fueron desenmascaradas, hasta verse sustituidas por un análisis completamente diferente en (10). Igualmente, en (13), se demostró que los juicios universales son categóricos sólo gramaticalmente, en (14) que la existencia no es un predicado real a pesar de las apariencias del lenguaje y en (16) que los juicios de identidad son en el fondo tautologías.

Otro tanto ocurría en lo referente a ciertos conceptos que se presentan gramaticalmente como correspondiendo a una verdadera realidad sustancial (como *sustantivos*) cuando, finalmente, no eran más que formas lingüísticas cuya única entidad (construida) estaba en función de componentes más simples. Así sucedió con las supuestas inferencias relativas al yo, el alma, el cuerpo, los objetos físicos, etc. (22). Al final esas inferencias *se disolvían* en sus materiales constituyentes últimos: los procedentes de la presentación inmediata o conocimiento directo (los *particulares egocéntricos* de Russell). No obstante, es innegable que el sentido de las "construcciones" es distinto en Bradley y en Russell. Para el segundo, al menos una vez que se decidió a romper con cierto esencialismo, caben varias formas de construir un concepto: en el sentido de que somos nosotros, como filósofos, los que llevamos a cabo la construcción explícitamente. En cambio para el primero las construcciones vienen a equivaler a inferencias realizadas impensadamente. El filósofo habrá de impedir con su análisis que nos arrastren (o embrujen) como si fueran realidades sustanciales.

Veamos ahora algunos ejemplos más que o bien profundizan los ya citados o bien añaden más datos. Uno especialmente significativo tiene lugar cuando Bradley insiste en su análisis destructivo del esquema S-P negando que el juicio sea inclusión en un sujeto. Aclara entonces (1883a, 22): "Por sujeto quiero decir no el sujeto último al cual el contenido ideal total es referido, sino el sujeto que se halla dentro de ese contenido, en otras palabras, el sujeto *gramatical*". Ello supone inequívocamente la distinción *explícita* entre el sujeto gramatical aparente y el real o lógico. In-

dependientemente de que la designación concreta de este último sea discutible, lo importante para el método es la distinción en sí misma. Y no se trata de algo aislado; lejos de ello son muchos los lugares en que reaparece la distinción, y siempre en el mismo sentido.¹³

Igualmente cuando atribuye significados “verdaderos” distintos del habitual (que es sólo superficial) a otras nociones o juicios. Como al decirnos que “ahora” significa realmente posición en el tiempo y, más exactamente, “simultáneo con” (1883a, 53). O al reducir a universales a todos los términos del lenguaje por más concretos que parezcan ser (1883a, 63); al presentar los juicios analíticos (en sentido bradleyano) y los singulares en general como realmente hipotéticos (1883a, 103-104); al dar la verdadera forma de los principios de identidad (*ibid.*, 143) y contradicción (*ibid.*, 145), en ambos casos totalmente alejada de su forma gramatical característica. Y así sucesivamente. La conclusión se impone por sí misma: *se trata de todo un método aplicado sistemáticamente* y no de aplicaciones aisladas. Como vamos a ver ahora, la forma concreta de aplicarlo será precisamente el análisis.

(33) *Sólo el análisis conceptual puede desentrañar la forma real de la aparente y eliminar esta última.* Para abreviar la demostración de que este auténtico cimiento de la filosofía analítica se encuentra cumpliendo la misma función en Bradley, me abstengo de toda retórica y presento, sin más, las pruebas textuales.

Según Bradley, cuando nos hallemos ante una forma gramatical que parezca atentar contra la buena lógica y, en consecuencia, forzar lo que queremos decir realmente, debemos resistir la tendencia a dejarnos llevar por las apariencias lingüísticas: “en toda proposición, un análisis del significado hallará una realidad de la cual algo más es afirmado o negado” (1883a, 42; bastardilla mía). Una vez realizado tal análisis, podremos ofrecer “traducciones” diferentes de la proposición que sirvió como punto de partida, las cuales se hallarán mucho más de acuerdo con esa realidad profunda. Ciertamente, de aquí a la idea de un lenguaje lógico ideal no parece haber más que un paso.

Lo mismo sucede cuando, tratando de referirnos a algo muy concreto, utilizamos el término “esto” en el convencimiento de que mediante tal re-

¹³ Exactamente en la misma forma en 1883a, 22; de manera aun más general en la misma obra, p. 50.

curso obtenemos la unicidad referencial requerida. Para Bradley (ya aludimos a ello más arriba) se trata de una ilusión: "esto" es también un universal; su única diferencia en relación con otros universales radica en no poder ser utilizado como símbolo en el juicio (1883a, 66:bastardillas más):

En todo juicio, donde *analizamos* lo dado y donde colocamos el término "esto" como sujeto, el sujeto real no es una idea. Usando "esto" *usamos* una idea y esa idea es y debe ser universal; pero lo que *queremos decir*, y no logramos expresar, es nuestra referencia al objeto que es dado como único.

Por supuesto, sólo el análisis conceptual puede llevarnos a ser conscientes de semejante fracaso y a ponerle remedio mediante la *traducción* procedente que desentraña la forma lógica real.

En el caso de los juicios singulares, cuya realidad es hipotética en el fondo, nos dejamos llevar por la gramática hasta el convencimiento de que nos referimos realmente a objetos individuales (particulares). Máxime cuando utilizamos términos como "eso", "éste", "ahora", etc. Caemos así en el error, cree Bradley, de pensar que tratamos con un particular; "Pero nuestra afirmación real, cuando *procedemos a analizarla*, nunca abarca el 'eso', el 'ahora' o el 'éste' " (1883a, 90; bastardilla mfa). Lo que sucede y resulta revelado por ese análisis es que confundimos un contenido ideal con otro llevados por la forma gramatical aparente. Y lo hacemos porque el contenido ideal erróneo "*no ha sido analizado*"; en cuanto lo hacemos, aparece "el juicio real" y a la vez aquello a lo que auténticamente se refiere (*ibid*: bastardilla mfa). Queda suficientemente claro, pues, que de no llevarse a cabo el análisis correcto la forma gramatical nos conduciría a errores graves *sobre la realidad misma*. Igual que en el caso de Russell (a quien uno cree estar leyendo ante tales fragmentos), sólo el lenguaje convenientemente reformulado impide que una mala lógica nos lleve a una ontología equivocada. Eliminadas las formas aparentes, el resultado podría muy bien ser llamado lenguaje ideal.

(34) *Sólo mediante el análisis de los diversos significados de un término podemos saber si estamos ante algo simple o construido (es decir, eliminable). La tesis del verdadero significado no es, en consecuencia, aplicable sólo a los juicios. La necesidad de hallar las formas lógicas genuinas afecta también a la verdadera realidad de los conceptos mismos. Es en esta segunda vertiente del mismo problema donde se ponen de manifiesto las profundas relaciones que existen entre análisis, definición, reducción y eliminación. Relaciones que pasan íntegramente a Moore y Russell.*

En (32) ofrecí ya algunos ejemplos de esto. Terminaré este capítulo in-

sistiendo en ellos y añadiendo algunos más, clasificados según se refieran, respectivamente, a lógica, psicología o física.

Lógica. El verdadero significado de “todos”, nos dice Bradley, no es un conjunto o lista de particulares sino, más bien, algo hipotético, como “cualquiera”, “dondequiera”, etc. En última instancia tales términos se hallan siempre referidos a un “si...” condicional (1883a, 47-48). Por tanto “todos” puede y debe ser eliminado: se trata de algo meramente construido y aparente. No contiene nada categórico en su uso; aunque sea *reduciéndolo* a formas que aparentemente lo sean (*ibid.*, 83).

Psicología. El espléndido análisis del “yo” que realiza Bradley en el capítulo IX de 1893a se titula, precisamente, “Los significados del ‘yo’”. Mediante sutiles y cuidadosos análisis se van desgranando todos esos significados, según los diversos usos lingüísticos, hasta llegar a construir un verdadero modelo para ser aplicado tal cual por sus herederos (Moore y Russell). Parte de la necesidad de repasar, uno a uno, *todos los sentidos* posibles del término. El argumento es el ya estándar desde (se cree a menudo) Moore, que como es sabido comenzaba la mayoría de sus primeros escritos con planteamientos semejantes. Se trata, dice Bradley, de evitar responder preguntas sobre una supuesta entidad sin fijar de antemano el significado del término que supuestamente la designa. La conclusión concreta de la investigación, ya famosa, es que la identidad general del yo es una pretensión sin sentido pues la pregunta bajo la cual formularíamos nuestro interrogante presupondría algo carente ya de significado (1893a, 73). Es decir, el “yo” carece literalmente de significado. Por consiguiente, al no ser algo simple (una mónada, dice Bradley), resulta liquidado como entidad absolutamente existente (*ibid.*, 81). Es un ejemplo precioso de la forma en que Bradley elimina sin el menor reparo entidades con tan enorme peso en la tradición filosófica. Es como si, llevando a cabo el proyecto meramente prefigurado en Hume, Bradley se erigiese en el padre de toda la posterior escuela analítica de filosofía. El que sus objetivos últimos fueran muy distintos no quita para que dotase a Moore y a Russell de unos modos de hacer que después resultarían vitales para ellos.¹⁴

Física. Vuelvo ahora sobre el ejemplo ya referido anteriormente al hablar de la naturaleza como construcción (véanse (22) y 1893a, XXII). Y lo hago porque ese análisis es válido para mostrar la necesidad de *elimi-*

¹⁴ Puesto que idéntico análisis se aplica con posterioridad al concepto de “alma”, no insistiré sobre la necesidad de eliminarla igualmente, una vez mostrada como mera construcción. Véanse las referencias anteriores en (22) y (23) y también 1893a, cap. XXIII.

nar cualquier objeto físico como entidad meramente aparente *en beneficio de sus materiales componentes*. Que son, como de costumbre, los aportados por el conocimiento directo. El punto de partida metodológico es siempre el mismo en Bradley: ¿qué queremos decir con X?, ¿qué significa realmente X? o ¿cuál es la forma real de tal o cual juicio? Como ya he dicho anteriormente, este punto de partida se halla en función del profundo referencialismo bradleyano. La misma noción de significado queda así elevada al rango de instrumento filosófico fundamental. Lo que tiene como consecuencia que sea la definición la que asuma el rol de incorporar el resultado del análisis. Este enfoque esencialista fue en seguida adoptado por la primera filosofía analítica, que lo llevó hasta sus últimas consecuencias. Tan sólo a partir del segundo Wittgenstein se respiraron aires nuevos. Pero Russell jamás aceptó tales aires. Su concepción del análisis como definición constituyó siempre casi su único recurso, como veremos cuando analicemos su reacción a Moore y toda su trayectoria posterior. Pero acabamos de comprobar que el precedente fundamental de toda esa corriente fue seguramente Bradley.¹⁵ Lo cual, en lo referente al método, cobra un interés renovado.

Baste pues como conclusión del artículo la siguiente reflexión. La tesis de la construcción y la consiguiente eliminación posee dos vertientes diferentes; ambas conducen a un mismo método general. Por un lado, lleva a considerar la posibilidad de analizar los objetos inferidos hasta mostrarlos como construcciones realizadas con materiales más simples (finalmente procedentes de la presentación inmediata). En este sentido podemos darle la vuelta al proceso e, invirtiéndolo, realizar nosotros explícitamente *construcciones* sirviéndonos de los métodos de la lógica y aplicándolos a la experiencia directa. Es la vertiente constructiva típica del Russell posterior a 1913, una vez que se decidió a salir del campo de los fundamentos de la matemática, es decir, una vez que se decidió a afrontar con todas sus consecuencias lo que ya llevaba años haciendo sin teorizarlo convenientemente.¹⁶ Por otro lado,

¹⁵ El interés básico de rastrear la influencia de Bradley radica, sobre todo, en constatar *lo que quedó* una vez que, al menos oficialmente, tuvo lugar la supuesta "liberación" del hegelianismo. En mi 1990c me refiero de nuevo a ello y añado testimonios de cómo las principales tesis referencialistas y antipsicologistas pueden encontrarse ya en los ensayos russellianos de subgraduado, es decir, antes de conocer a Moore.

¹⁶ También Bosanquet puede ser citado al respecto. Haldane lo hace (1909a, 33) insistiendo en cómo también para el otro gran filósofo idealista de la época (Mc Taggart era demasiado espiritualista para Russell) vale la identidad entre conocimiento, juicio y construcción, de tal manera que se da un claro nexos entre las construcciones y el lenguaje ordinario. Curiosamente, Haldane añade (p. 36) que Russell rompió con ese esquema común al proponer sentidos nuevos para los términos del lenguaje ordinario. En mi 1987a, 12.3.3, y 1991a cap. 5, muestro cómo la relación entre las construcciones de 1903a y el lenguaje ordinario no tuvo, ni mucho menos, semejante rotundidad.

la tesis lleva a una visión analítica de la definición conceptual que destaque los componentes (partes) de un concepto. Por consiguiente será practicable sólo con nociones compuestas que resultarán, así, *reducidas* a sus constituyentes simples. Es la vertiente típica de Moore, la única con la que Russell contó hasta su contacto con Peano y su descubrimiento de que semejante modelo de análisis tenía graves lagunas.

En mi 1987a (y publicaciones posteriores) he mostrado cómo Russell, mediante sus definiciones constructivas de 1903a y su posterior teoría de las descripciones, comienza a hacerse consciente de que ambas vertientes son una y la misma. De forma que, aunque niegue en ocasiones posteriores haber ofrecido ya antes verdaderas construcciones, puede constatarse cómo de hecho la práctica cotidiana fue consolidando el método y las leyes que lo teorizaban vinieron mucho después. Lo importante hasta aquí ha sido comprobar cómo las nociones de construcción, análisis, definición, reducción y eliminación, quedan conectadas entre sí y a la vez con la distinción entre conocimiento directo y por descripción. Espero haber mostrado la función de Bradley en el desarrollo de tales logros.¹⁷ Con ellos, una de las raíces más importantes del método de Russell queda explicada.

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

BIBLIOGRAFIA

Bradley, F. H., 1883a. *The Principles of Logic*, 2 vols, Oxford (O.U.P.), 2ª ed. 1922.

—, 1893a. *Appearance and Reality*, Londres (O.U.P.), 2ª ed. 1897.

—, 1909a. "Coherence and Contradiction", *Mind*, 17, 489-508.

Griffin, N., 1983a. "What's Wrong with Bradley's Theory of Judgment", *Idealistic Stud.*, 13, 199-225.

Haldane, R. B., 1909a. "The Logical Foundations of Mathematics", *Mind*, 18, 1-39.

Keen, C. N., 1971a. "The Interaction of Russell and Bradley", *Russell*, 3, 7-11.

¹⁷ Bradley no era del todo aprovechable a causa de su relativismo para con las construcciones; no obstante manejaba cierto criterio para evaluarlas. Es cierto que descalificaba las "meras" construcciones intelectuales (lógicas), pero, al mantener que *todo es*, en última instancia, construcción (con la posible duda del Absoluto), no le quedaba más remedio que ofrecer una *gradación* sobre su relativa validez. El criterio era, naturalmente, la cercanía al conocimiento directo, ésa es la base de la "intuición" de Moore y Russell y también de las posteriores "acquaintance" (a partir de 1903-1905) y "logical experience" (1913a) de Russell.

- Moore, G. E., 1899a. "The Nature of Judgment", *Mind*, 8, 176-193.
- , 1900a. "Identity", *Pr. Arist. Soc.*, 1, 103-127.
- Passmore, J., 1969a. "Russell and Bradley", Brown/Rollins (comps.): *Contemporary Philosophy in Australia*, Londres (Allen & Unwin), 1969, 21-30.
- Pitt, J., 1971a. "With Russell at the Archives", *Russell*, 2, 3-7.
- Pujia, R., 1977a. *B. Russell e l'eredità idealista inglese*, Mesina (La Libbra), 1977.
- Rodríguez Consuegra, F., 1987a. *El método en la filosofía de Bertrand Russell. Un estudio sobre los orígenes de la filosofía analítica a través de la obra de Russell, sus manuscritos inéditos y los autores que más le influenciaron*. Tesis Doctoral, Universidad de Barcelona, x + 800 pp.
- , 1987b "Bibliografía de Bertrand Russell en español", *Mathesis* 3: 183-197.
- , 1987c. "Russell's Logician Definitions of Numbers 1899-1913 Chronology and Significance", *Hist. Phil. Log.* 8, 141-169.
- , 1988a. "Bertrand Russell 1898-1900: una filosofía de la matemática inédita", *Mathesis* 4, 3-76.
- , 1988b. "Elementos logicistas en la obra de Peano y su escuela", *Mathesis* 4, 221-299.
- , 1988c. "Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 1ª", *Mathesis* 4, 355-392.
- , 1988d. "Bertrand Russell 1900-1913: los principios de la matemática, parte 2ª", *Mathesis* 4, 489-521.
- , 1989a. "Russell's Theory of Types, 1901-1910: Its Complex Origins in the Unpublished Manuscripts", *Hist. Phil. Log.* 10, 131-164.
- , 1989b. "The Origins of Russell's Theory of Descriptions According to the Unpublished Manuscripts", *Russell* 9, 99-132.
- , 1990a. "Bertrand Russell 1895-1898: una filosofía prelogicista de la geometría", *Diálogos* 55, 71-123.
- , 1990b. "El logicismo russelliano: su significado filosófico", *Crítica*, en prensa.
- , 1990c. "La primera filosofía de Moore, I y II", *Agora*, en prensa.
- , 1990d. "La interpretación russelliana de Leibniz y el atomismo metodológico de Moore", *Diánoia*, en prensa.
- , 1990e. "El impacto de Wittgenstein sobre Russell: últimos datos y visión global", sometido a *Theoria*.
- , 1990f. "Bertrand Russell and Bradley's Ghost: Evolution and Significance of Russell's Views Concerning Relations", sometido a *Synthese*.
- , 1991a. *The Mathematical Philosophy of Bertrand Russell: Origins and Development*, Bibliopolis, Nápoles, por aparecer.

- , 1991b. “Bertrand Russell 1920-1948: una filosofía de la ciencia del atomismo al holismo”, *Diálogos*, por aparecer.
- Russell, B., 1900a. *A Critical Exposition of the Philosophy of Leibniz*, Londres (Cambridge U. P.). Segunda edición con nuevo prefacio: Londres (Allen & Unwin), 1937.
- , 1903a. *The Principles of Mathematics*, Londres (Cambridge U. P.). Reimp. con nueva introducción: Londres (Allen & Unwin), 1937.
- , 1904a. “Meinong’s Theory of Complexes and Assumptions”, *Mind*, 18, 204-219; 336-354; 509-524. Reimp. en 1973a, 21-76.
- , 1905a. “On Denoting”, *Mind*, 14, 479-493. Reimp. en 1956a, 41-56.
- , 1910a. *Philosophical Essays*, Londres (Longmans Green). Utilizo la segunda edición (revisada): Londres (Allen & Unwin), 1966.
- , 1912a. *The Problems of Philosophy*, Londres (Williams and Norgate). Utilizo la edición de 1980 (Oxford U. P.).
- , 1913a. *Theory of Knowledge*. Obra inacabada, en parte publicada y en parte desechada reconstruida y publicada póstumamente en 1984a.
- , 1914a. *Our Knowledge of the External World*, Londres (Allen & Unwin). Segunda edición con nuevo prefacio y cambios menores: Londres (Allen & Unwin), 1929.
- , 1921a. *The Analysis of Mind*, Londres (Allen & Unwin).
- , 1940a. *An Inquiry into Meaning and Truth*, Londres (Allen & Unwin). Utilizo la edición de 1962 (Pelican Books).
- , 1956a. *Logic and Knowledge*, comp. R. C. Marsh, Londres (Allen & Unwin).
- , 1959a. *My Philosophical Development*, Londres (Allen & Unwin). Utilizo la edición de 1975 (Unwin Books).
- , 1973a. *Essays in Analysis*, comp. D. Lackey, Londres (Allen & Unwin).
- , 1984a. *Theory of Knowledge: the 1913 Manuscript*, vol. 7 de los *Collected Papers* de B. Russell, Londres (Allen & Unwin).
- Saxena, S. K., 1967a. *Studies in the Metaphysics of Bradley*, Londres (Allen & Unwin).
- Sluga, H. D., 1975a. “Frege and the Rise of Analytic Philosophy”, *Inquiry*, 18, 471-487.
- , 1980a. *Gottlob Frege*, Londres (Kegan Paul).
- Spadoni, C., 1977a. *Russell’s Rebellion Against Neo-hegelianism*. Tesis doctoral inédita, Univ. de Waterloo, Ontario, Canadá.
- Wollheim, R., 1959a. *F. H. Bradley*, Londres (Penguin), 2ª ed., 1969.

ABSTRACT

In this second part I continue to develop my general thesis that Bradley constituted, philosophically, the strongest influence on the young Russell and Moore. In particular, I show here that Bradley's epistemology, through the implicit division into immediate presentation and derivative knowledge, together with his idea that most of the usual philosophical notions are really intellectual constructions out of the elements provided by immediate presentation, paved the way for Russell's and Moore's distinction between knowledge by acquaintance and knowledge by description, as well as for Russell's method of logical constructions. Finally, Bradley's usual practice of analyzing ordinary language, until finding the "logical forms" underlying the mere "grammatical forms", granted Moore and Russell a true method to be applied in their linguistic analyses. This method needed only an atomistic ground to be transformed into that which was always the true philosophical method for both of them: the search for definitions showing the essence of concepts by reducing them into their simplest constituents.